

EL METALURGICO

ORGANO DE LA FEDERACION
SIDEROMETALURGICA DE ESPAÑA
U.G.T.



No, no puede ser

¿Por qué no orientan ustedes el movimiento sindical de los trabajadores en un sentido de relación cordial con los patronos, a fin de resolver los múltiples problemas que tienen planteados?

¿Por qué no estudian ustedes conjuntamente con ellos las causas que originan la crisis de trabajo actual y procuran corregirlas y enmendarlas?

Estas y otras preguntas son las que diariamente nos hacen a nosotros algunos elementos republicanos que de buena fe se preocupan un poco — más por sentimentalismo que por comprensión — de los problemas sociales.

La respuesta que damos en todo momento es clara y contundente. No podemos orientar el movimiento sindical en otra forma, ni mucho menos estudiar con los patronos las causas de la paralización industrial que acogota al mundo, por la sencilla razón de que la clase patronal no vive ni actúa más que para la defensa de sus intereses personales, sin importarle ni poco ni mucho los generales del país.

Todo cuanto se quiera hacer por nuestra parte para humanizar la lucha es, además de peligroso para nosotros mismos, estéril en sus resultados.

La clase capitalista ha llegado ya al convencimiento íntimo de que su enemigo presente y futuro son los trabajadores. No quiere aceptar el principio de que es ella quien tiene que desaparecer como clase, y, por tanto, dejando paso libre a nuevas manifestaciones de progreso. Se ha cerrado a toda innovación y pretende, en su ceguera mental, destruir el templo de la economía, aunque en sus ruinas perezca todo el esplendor de su pasado.

Y ante esta realidad de los hechos no somos nosotros los llamados a vivir en paz conjuntamente con el «hermano lobo».

Como detalles demostrativos de que afirman más y más estas aseveraciones nuestras tienen nuestros interrogadores para convencernos lo sucedido en la décimotercera Conferencia Internacional del Trabajo.

En el orden del día de la citada reunión figuraba como punto básico de la misma la reducción de la jornada de trabajo.

En la Conferencia tripartita celebrada en enero de 1933 y la celebrada posteriormente en junio del mismo año se expusieron, por parte de todos los elementos que integraban la Conferencia, las razones sobre las cuales descansaba su argumentación.

De esta Conferencia, a celebrar en 1934, habría de surgir la convención, a ratificar después por los Gobiernos, a virtud de la cual se estableciese en todo el mundo la jornada de cuarenta horas semanales. ¿Y qué es lo que ha hecho ahora la clase patronal para hurtar el cumplimiento de su deber? Pues, sencillamente, no acudir a la Comisión dictaminadora y abstenerse después en la votación para que por falta de votos no se pudiera aprobar la convención, y, por tanto, el trabajo realizado en dos años se perdiera completamente.

La clase patronal no ha querido tener en cuenta lo que moralmente representa para los obreros arrancarles la esperanza en la obra social que la Oficina Internacional del Trabajo pueda realizar. No ha querido ver los estragos que para mañana está sembrando. Lo único que le ha interesado ha sido conservar su soberbia de amo y señor, y ante ese interés de clase ha declinado y anulado todos los demás.

Pretender nosotros ahora convencer por la persuasión a estos señores del daño que colectivamente nos hacen, tratar de estudiar con ellos solo nuevas formas de trabajo sería, repetimos, peligrosísimo.

De momento es fácil que, para tener tiempo a montar perfectamente el aparato torturador de nuestros derechos, fingieran cierto cariño hacia nosotros. De momento también, quizá se prestaran al estudio de nuevas concepciones en la producción. Pero cuando el clamor popular fuera dominado, por encontrarse los hombres entregados plenamente a la reflexión y a la esperanza, entonces, contra toda razón y ley, los patronos arremeterían violentamente contra nosotros, aplastando la organización y riéndose sarcásticamente de nuestra inocencia colectiva.

Y a esto no nos prestamos. No predicamos el odio por sistema. No aceptamos la lucha por caprichosa. Tenemos un derecho

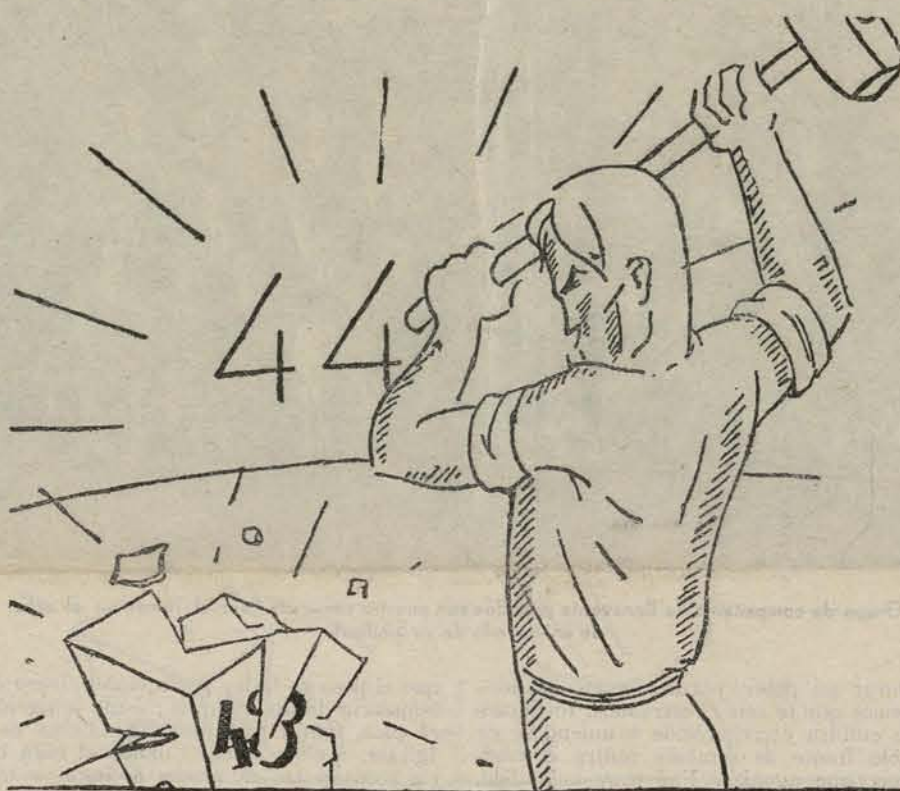
innegable a vivir y queremos vivir. No a vegetar, sino a vivir. En el mundo existen hoy millones de hombres parados. Cada uno representa una familia. Cada familia es un drama vivo en el cual los actores que lo representan lloran y sufren porque los autores de la tragedia necesitan vivir a costa de los demás.

Las invocaciones a la concordia se pierden en el vacío sin que eco alguno las repita.

Comprendan, pues, los que miran al problema social desde la alta torre de sus ensueños que precisa bajar al llano a vivir con los pastores la crudeza de su miseria.

Vivir su vida y comprenderla. Y entonces los hombres que hoy piden concordia y paz serán los primeros que empujarán la herramienta de trabajo para consagrarse a transformar de raíz la sociedad capitalista actual.

P. TOMAS



Como en los viejos tiempos aún, por "Arrirubi"

¿.....?

«Las circunstancias políticas de España han modificado totalmente el contenido de nuestra huelga. No se trata ya — dijimos — de una lucha entre patronos y obreros que defienden, como es natural, puntos de vista distintos. El conflicto representa, por nuestra parte, la defensa de un derecho ejercido al amparo de la ley escrita. Por parte de la clase patronal, que se siente amparada por las declaraciones imprudentes de los que ocupan el Poder, la manifestación más atrevida de intransigencia que pueda darse y la declaración, a la vez, de tutelar por su propia conveniencia personal lo que las leyes sociales ordenan.»

Este fué nuestro pensamiento, expresado en momentos en que la pasión cegaba un poco el entendimiento de muchos compañeros, y la realidad ha venido plenamente a confirmarlo.

Mientras el Poder público ha dejado — consciente o inconscientemente — amplio margen para que se deslizaran los patronos en sus negativas, dando la sensación, aparente, de que laboraba por solucionar el conflicto, éste no ha sufrido más variación que la representada por el número crecido de camaradas que han ingresado en la cárcel, algunos para satisfacer el capricho criminal de falsos delatores a sueldo.

La forma de solucionar el conflicto se expuso ante el Poder público docenas de veces, sin que jamás sufriera nuestro criterio el choque de otro sostenido por el Gobierno o los patronos, sin duda alguna porque carecían de criterio propio.

Ha bastado, ¡por fin!, que el Gobierno comprendiese y practicara a la vez la necesidad de entregar el pleito al Jurado mixto de Trabajo para que inmediatamente se entregaran al Poder público los términos concretos que servían de base a la solución del conflicto.

Lo que se ha hecho a los tres meses de huelga pudo y debió hacerse antes de que ésta se declarase.

Pudo y debió darse esta solución, aun después de iniciada la huelga, obligando el Gobierno a que el Jurado mixto tratase y dictaminase sobre la petición hecha por los obreros. Si la huelga no se ha resuelto antes no existe más culpable que la inhibición del Poder público, hecha en momentos de profunda gravedad, teniendo como tenía en la calle a miles de hombres, cuya suerte ni le importaba nada ni nada le interesaba.

Valencia, Zaragoza, Barcelona y Madrid tienen establecida para la industria metalúrgica la jornada de cuarenta y cuatro horas semanales, cobrando el sueldo de cuarenta y ocho.

La consecución de esta mejora ha significado para los camaradas de diversas poblaciones la realización de grandes sacrificios, seguidos del cortejo interminable de privaciones y de miserias. Sin embargo, donde la lucha ha adquirido las notas de gravedad insuperable ha sido Madrid.

Por los motivos que informan estas líneas, saben nuestros amigos que en esta huelga se ventilaba un principio moral de respeto a lo que representa la organización, que por nada ni por nadie nos dejaremos arrebatado. Y al sostener en alto este principio, lo hemos defendido para todos los camaradas de España. Dura ha sido la contienda. Algunos claros — pocos, por fortuna — hemos visto en nuestros cuadros. Ahora, serenamente, a trabajar para perfeccionar más y más nuestra organización, a fin de que ésta esté en condiciones de realizar el papel que históricamente tiene asignado.

La lucha de clases en Ginebra

La dinámica de la vida social es de tal manera patente, que aun aquellos que mayor empeño manifiestan para negar la existencia de la lucha de clases son los que más contribuyen a ponerla en evidencia, si no a encontrarla. Me refiero, naturalmente, a la lucha de clases en general, ya que puede manifestarse de distintos modos, y aunque en forma imprecisa, como ocurre en la pelea de los Estados en el palacio de la Sociedad de Naciones, al abandonar Rusia su espléndido aislamiento para ponerse enfrente del fascismo; como puede verse igualmente leyendo entre líneas un artículo jesuítico en «El Sol» del 6 de junio, y en el que vemos retratado a su autor, acometiendo a la delegación española, de la cual él forma parte, y desprestigiando la Organización Internacional del Trabajo, a la par que presume normalmente de defender el progreso social.

Todo esto nos demuestra que el progreso social, la paz y la civilización humana no pueden contar con defensores sinceros y leales fuera del movimiento obrero; pues sólo por nuestra acción viril, enérgica y constante podrá la Humanidad salvarse contra los que la esclavizan y explotan y contra los testarudos que la adormecen para envilecerla.

Para mayor comodidad del lector, expliquemos lo que ocurre en la misma Conferencia Internacional del Trabajo.

Ya expuse en el número de mayo de EL METALURGICO la importancia del tema a tratar relativo a la semana de cuarenta horas, subrayando el hecho sorprendente de que Inglaterra no contestara a su debido tiempo al cuestionario enviado a los Gobiernos por la Oficina del Trabajo. Y esto obedecía a que la respuesta inglesa nos reservaba una maniobra. Los delegados la hemos recibido al día siguiente de empezar la Conferencia. El Gobierno inglés pretendía que se acordara abrir una información, industria por industria, para conocer las posibilidades de aplicación de la semana de cuarenta horas, a fin de aplazarlas indefinidamente; y lo más curioso es que a lo largo de la exposición o preámbulo se aduce que durante los últimos doce meses se ha reducido en Inglaterra la jornada de trabajo en varios oficios y profesiones mediante contratos colectivos. Lo cual equivale a una propaganda en favor de la acción sindical de los trabajadores.

No obstante las salvedades que pueda ofrecer la actitud contradictoria del Gobierno inglés, los patronos se acogieron a ella para fundamentar en la Conferencia su tesis de oposición. Es verdad que la casi totalidad de los representantes patronales no son patronos en activo. Si no estoy mal informado, hay uno, el representante patronal italiano, y es el único patrono que vota en favor de las cuarenta horas. Los demás son funcionarios de entidades patronales. Pues bien, esos señores se han negado a formar parte de la Comisión de las cuarenta horas, y de seguir su política picaresca fuera cosa de preguntarle si es para obstruccionar, con el dinero de los Estados, a lo que vienen a Ginebra.

Sea como fuere, el hecho es que los representantes patronales, con su actitud, incitan a los trabajadores a que fortalezcan su acción sindical y a que, sin desconfiar de la eficacia legislativa o jurídica que se pueda desarrollar en estos organismos, nada vale tanto como la acción sindical, la acción de masas en lucha abierta contra la clase capitalista.

El otro aspecto de la lucha que deseo poner de relieve es la actividad de los bomberos del capitalismo.

No es sin pena como los veo moverse en la Comisión de enfermedades profesionales, donde me ha correspondido actuar.

Aquí se trata de completar la lista de enfermedades llamadas profesionales con derecho a indemnización para los obreros que por su profesión están expuestos y son víctimas de esas enfermedades. El punto principal es la silicosis (ya aceptada por nuestro Consejo de Trabajo).

Pues bien; los ocho representantes patronales de la Comisión son médicos, y estos hombres de ciencia, avezados a tratar con materias rebeldes y adversas, y cuyo honor ra-

dica precisamente en vencer cuantas dificultades se opongan a su tarea, nos hablan de no se qué inconvenientes para reconocer la silicosis como enfermedad profesional. En vano se les ha dicho que veintiocho países tienen ya incorporada en su legislación la silicosis como enfermedad profesional. En vano se les ha dicho que por radiografía o en clínica se puede apreciar esa terrible enfermedad en los obreros expuestos al polvo venenoso o silis en minas, canteras y otras explotaciones industriales.

Camaradas metalúrgicos que podéis ser víctimas mañana de una intoxicación por el plomo, el mercurio, los gases de bencina, el fósforo, etc., si tal cosa os ocurre, al decir de esos señores médicos representantes patronales, ello será porque vuestros tatarabuelos no llevaron una vida bien arreglada.

Así hablan los sabios, así opina la ciencia, así se manifiestan esos doctores, prontos a negar la existencia de la lucha de clases, siendo, en resumidas cuentas, los que más la avivan y enconan. Quieren actuar de bomberos; pero no advierten que pugnan por apagar el fuego con materias inflamables.

Desgraciadamente para ellos, la fuerza de los hechos es de tal naturaleza que lo que ha de ser será. No hay poder en el mundo capaz de impedir el triunfo del movimiento obrero en la lucha final. En Alemania y en Austria los bomberos de la clase capitalista, encumbrados a sangre y fuego en el Poder, se ven ya envueltos por dificultades sin cuento que les harán morder en breve plazo el polvo de la derrota. Creían asestar un golpe bajo a la Conferencia y hacerla fracasar con su ausencia, y, sin embargo, está más animada que nunca.

Es más. Creo firmemente que se hará buena labor (cuando escribo estas líneas estamos en la primera semana de la Conferencia), contra todos los pesimismo y malos augurios de algunos. Creo que tendremos convenio de la semana de cuarenta horas, que es la cuestión más batallona, y vencerá la justicia social contra la reacción capitalista.

No sin esfuerzo ni sacrificio por nuestra parte, justo es decirlo, y bueno es tenerlo presente en todo momento. Por lo mismo que la lucha es difícil y larga, hay que brindar a su buen desenlace; lo mejor de nosotros es perseverancia, energía y capacidad para que cuando llegue la victoria la hayamos merecido y sepamos conservarla. Y dejad que los bomberos escriban en las gacetas burguesas que vamos hacia el caos y la ruina. Situación más caótica que la presente, con 30 millones de parados, todo ello obra del capitalismo, es difícil superarla en ruina.

Enrique SANTIAGO

Ginebra, junio 1934.

Notas de Valencia

Unas horas en Zaragoza

Por suerte para nosotros, puesto que íbamos a cumplimentar uno de los más altos deberes que imponen a los militantes de la organización obrera, como era el de la solidaridad para con nuestros hermanos en lucha los trabajadores zaragozanos, tuvimos ocasión de compartir unas horas con aquellos valientes camaradas, hombres, mujeres y niños, con aspecto de alegría primero, con rabia y coraje cuando a nuestras preguntas de carácter informativo en cuanto a su situación se referían.

Designados unos cuantos queridos compañeros del Comité de socorro de Valencia pro niños de los huelguistas de Zaragoza, portadores del rasgo de solidaridad de sus hermanos los trabajadores valencianos, nos brindó la excelente ocasión para apreciar de cerca los estragos causados por una burguesía cerril y sin conciencia a los hijos y pequeños del noble pueblo aragonés.

Siete camiones repletos de preciada carga — treinta y una toneladas en especies —: arroz, patatas, habichuelas, bacalao, botes de leche, etc., etc., constituían la primera caravana, que entre vítores y aplausos de los trabajadores valencianos desapareció por esa carretera que nos conduce a la ciudad histórica sitiada de Zaragoza.

Podemos asegurar que nunca en nuestra larga vida de obreros militantes hemos sentido tanta emoción como a la llegada a la capital aragonesa; es que nos dábamos perfecta cuenta de que la carga de la cual éramos portadores iba a salvar de las garras vampíricas a miles de niños inocentes, rayanos en la muerte por inanición.

Pero no; eso no podía suceder. Por fortuna, los obreros todos arrinconan sus luchas intestinas y como un solo haz se aprestan a la defensa y conquista del derecho a la vida.

¿Pues qué otra cosa significa la protesta unánime del pueblo trabajador valenciano en la manifestación de duelo por la muerte del obrero metalúrgico José Fita Romero, asesinado vilmente por las hordas fascistas dentro de la factoría Astilleros de la Unión Naval de Levante?

¿Qué demuestra después la huelga general de Valencia, llevada a cabo unánimemente en solidaridad con los obreros de la Hidroeléctrica Española?

Significa esto: Elche, Rótinto, Valencia,

Acto de aniversario en Benavente

El domingo 20 de mayo, y para conmemorar el tercer aniversario de la reorganización de La Emancipación, Sociedad de Metalúrgicos de esta ciudad, se celebró en la Casa del Pueblo un acto de propaganda sindical y socialista. Lo presidió Pascual Pesquero, presidente de la organización metalúrgica, quien presentó a los oradores.

Tomó parte el secretario de La Emancipación, camarada Celestino Ramos, quien después de hacer un balance de los tres años transcurridos desde la reorganización de la Sociedad, hizo atinadas observaciones sobre la marcha de la misma, recalando las mejoras obtenidas por sus afiliados y la necesidad de ampliar y fortificar su radio de acción. Recibió muchos aplausos.

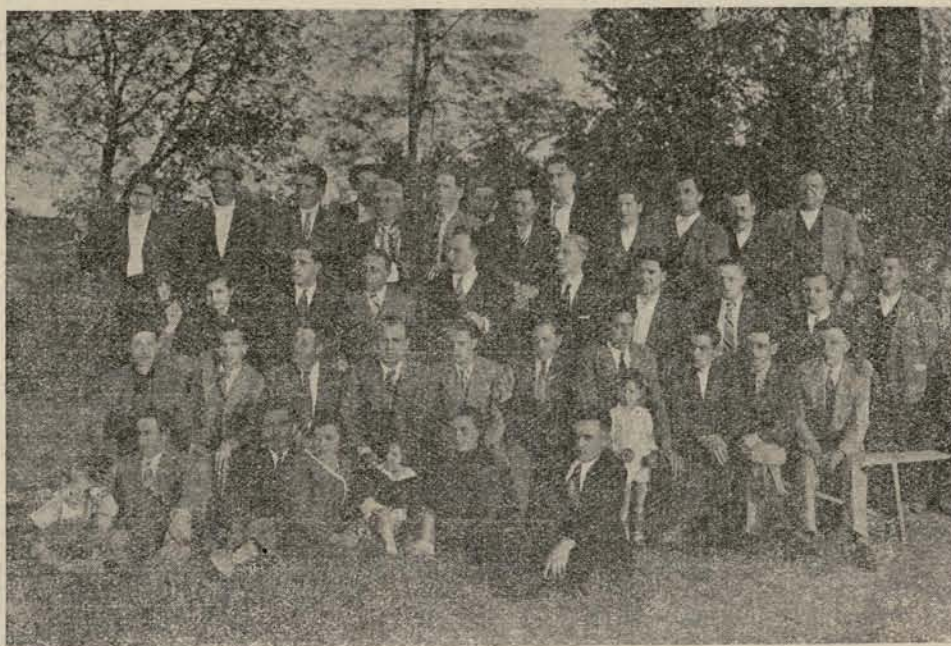
Después habló el presidente de la Federación local, camarada José Almoína, quien dedicó casi todo su discurso a analizar en líneas generales la actual situación de la clase trabajadora frente a los momentos que vive nuestro país, que califica de dramáticos y decisivos, ya que en ellos la solución no ha de buscarse en retóricas políticas, sino en un radical cambio de la vida económica. Propugnó porque la clase obrera sepa

enseñanza y experiencia y el presente para tonificar nuestra voluntad y afirmar nuestra decisión, a fin de construir en el porvenir una sociedad justa.

Habla de la instauración de la República y de las esperanzas e ilusiones que despertó en la clase obrera. Todos los hombres que constituían el Comité revolucionario se comprometieron solemnemente, en nombre de todos los partidos republicanos allí representados, sin excepción, a realizar una serie de leyes sociales que elevasen el nivel de vida de la clase obrera. Después, algunos, los que actualmente gobiernan, se olvidaron de sus compromisos e hicieron tabla rasa no sólo de los proyectos preparados, sino también de las leyes obtenidas.

Pregunta qué ha realizado la República, y va estudiando, con una gran profusión de datos y en elocuentes párrafos, la situación de España durante la monarquía.

La España que nos legó la monarquía era una España depauperada moral y materialmente. País de analfabetismo, porque no había escuelas y las que había eran lugares horribles e insanos. La justicia tenía sus ojos cubiertos, y en la simbólica balanza más



Grupo de compañeros de Benavente reunidos con nuestro camarada Pascual Tomás en el acto de aniversario de su Sindicato.

encontrar su deber y cumplir los destinos históricos que le están reservados, fortificando su cultura y preparación y uniéndose en un solo frente de combate contra el capitalismo, que agoniza. Fué muy aplaudido.

A continuación y en medio de grandes aplausos se levanta a hablar el secretario de la Federación Sidero-Metalúrgica y miembro de las Ejecutivas de la Unión y el Partido, camarada Pascual Tomás.

Quisiera que mis palabras — comienza diciendo — fueran recogidas y meditadas no sólo por los trabajadores y afines a nuestras ideas, sino también, y más destacadamente, por aquellos otros elementos que, equivocados, de buena fe nos combaten; porque es llegada la hora en que queden bien señaladas las posiciones de cada uno, a fin de que en los momentos de la victoria proletaria no se venga, sin haber contribuido ni con la adhesión ni con el sacrificio, a unirse en busca del arrimo a los trabajadores. Cada cual ha de pechar en todas sus consecuencias con su propia responsabilidad ante la Historia.

Dice que debemos analizar el pasado como

que el peso de la ley podía el del dinero o la influencia de los caciques; éstos señoreaban el país, con el auxilio y bendición de la Iglesia, a ellos unida. Cuando el cura quería tocaban las campanas a fiesta, y todos los lugareños se endomingaban, reían, se emborrachaban. Cuando doblaban a muerto había que llorar y entristecerse y rezar, envueltos por la superstición del más allá, que explotaban en su favor los señoritos, enriquecidos con el sudor de sus colonos y vasallos.

Se refiere a la transformación que operó la República en el ambiente español. Cita el ejemplo de la labor en Instrucción pública, con más de 9.000 escuelas creadas en dos años, más que todas las que hizo la monarquía en todos los tiempos.

Habla de las cantinas escolares y dice que hay que fomentarlas, para cuando el niño, comparando la limpieza, la cultura y la alimentación que se le da allí con la pobreza, la miseria y hosquedad de las casas proletarias, pregunte el por qué de esta diferencia, se le pueda contestar: «La casa vieja y miserable es el régimen individualista y ca-

que se les conceda la jornada de cuarenta y cuatro horas por semana? ¿Qué piensa el ministro de ello? ¿Se trata de extenuar por hambre a dieciocho mil familias? Dígame claro y de una vez. En Valencia y en Zaragoza hace más de un año que estamos disfrutándola, sin que por ello se haya resentido la industria ni la economía, a no ser que se trate de culpar a la aplicación de esta jornada — que ya nadie se acuerda de ella — el boicot descarado que no solamente en esta industria, sino en todas ha llevado a cabo la reacción y capitalismo para hundir aquella República que fué.

Camaradas metalúrgicos madrileños: Os asiste la razón. Ya nos damos perfecta cuenta de que la batalla que estáis librando es dura y decisiva contra toda la patronal española; ella sabe que hundiéndolos a vosotros les será más fácil la pelea en provincias; conocemos sus planes.

Conste, pues, a gobernantes y patronos que nuestros compañeros de Madrid no están solos; les asiste la razón y la justicia, y, por si fuese poco, la clase trabajadora española se apresta a salir en su ayuda.

Camaradas de Valencia, compañeros de España entera: ¡Viva la huelga de los obreros metalúrgicos madrileños!

E. DOMINGUEZ

Valencia.

pitalista que muere; la cantina y las escuelas nuevas, alegres, cultas y limpias, son el signo del régimen colectivista y socialista que nace.

Se refiere a la campaña del clero presentando a la República como perseguidora de la Iglesia, y dice que eso es una patraña, desgraciadamente para ella. La República no ha perseguido ni atacado a la Iglesia, como debiera haberlo hecho; lo que se oculta tras esas mentiras es el rencor por la pérdida de los sesenta y nueve millones del presupuesto.

Nosotros no atacamos a la Iglesia; no lo necesitamos. Basta presentar ante los trabajadores harapientos, hambrientos, analfabetos el espectáculo de sus opresores del brazo de la Iglesia, bendecidos por ella y por ella amparados, para que los obreros conscientes se le separen y huyan. Nosotros no necesitamos atacar a la Iglesia; pero analizando y criticando la realidad ante nuestros hermanos de clase tenemos que decirles que antes, cuando sobre la soberbia de las cúpulas de los templos se ponían las cruces de piedra o de hierro, desafiando los cielos con alarde arquitectónico y como amparando la fábrica, no se evitaba que un día, desencadenados los de las entrañas de la nube, surgiera el rayo que hundiese las bóvedas e hiciera caer el orgullo de chapiteles y agujas. Para estar los templos protegidos se necesitó que, además de la cruz, subiera a la torre el obrero sencillo a poner el pararrayos que hiciera inofensiva la cólera de la Naturaleza.

Estudia después la labor realizada en el ministerio de Trabajo por Largo Caballero. (Se oyen muchos vivas al Lenin español y presidente del Partido Socialista.)

Estudia los fenómenos económicos a que da motivo el proceso del maquinismo capitalista. Dice que así como pasó el feudalismo se asiste ahora a la crisis de un sistema de organización económica. Es el momento de la clase trabajadora y ésta tiene que prepararse y capacitarse para tomar la dirección y ejercer el mando de los destinos humanos.

En párrafos brillantísimos y muy sentidos exalta a los obreros a hacer respetar no sólo la jornada de ocho horas de trabajo, sino también la de ocho horas de estudio. Se dirige a los jóvenes para que no pierdan sus mejores años, recordando con el poeta que quien pierde la mañana pierde la tarde, quien pierde la juventud pierde la vida.

Fustiga duramente a los que gustan sus jornales en la taberna y los lupanares. Mientras los burgueses, al pasar por una calle, oigan cómo los obreros disputan, cantan y vociferan en las tabernas, vivirán tranquilos y seguros, porque esos trabajadores no podrán hacer la revolución, y para vencerlos bastará a la burguesía el empleo de la fuerza pública. La verdadera revolución no se hace más que con el estudio y la cultura de la clase obrera.

Nos esperan horas — termina — terriblemente amargas. Lo que nosotros tenemos que conquistar no lo disfrutaremos nosotros, sino nuestros hijos. Quien no esté dispuesto al sacrificio, que no nos acompañe; quien crea que la semilla en el surco fructifica y se recoge al día siguiente de lanzada; quien quiera que el árbol recién plantado dé sombra al día siguiente, que no venga con nosotros. Leyendo el Quijote, éstos verán la grotesca figura de Sancho, y nosotros quedaremos ser como el hidalgo manchego: nobles, generosos, sacrificados, prontos a salir a la calle a dar la vida si es preciso para deshacer entuertos, vengar agravios, defender al débil, al desamparado, al menesteroso, creando un mundo nuevo, libre de injusticias.

Una formidable ovación, que dura largo rato, premia el magistral discurso de Pascual Tomás. Se oyen muchos vivas al Partido Socialista, al frente único, a los huelguistas metalúrgicos madrileños y a la revolución social.

Durante el acto postularon varios compañeros del Socorro Rojo Internacional a favor de los compañeros metalúrgicos madrileños, recaudando una crecida cantidad.

Por la tarde se celebró una jira campesina, en la que fraternizaron muchos compañeros y en la que Pascual Tomás dió una amena y alocucionada charla sobre temas de carácter interno de las organizaciones. Se obtuvieron varias fotografías.

En resumen: una gran jornada para el proletariado de Benavente.

EL CORRESPONSAL

Cuando la tendencia de las fuerzas económicas es aumentar los medios de producción; cuando la mecánica, el vapor y la electricidad, invadiéndolo todo, exigen extensos campos donde desplegar sus fuerzas, su poder; cuando la competencia feroz que hoy impera en el mercado arruina al que cuenta con instrumentos de trabajo imperfectos o produce en pequeña escala; cuando todo esto ocurre, decimos: querer dar las tierras en pequeños lotes no sólo es ir contra el progreso económico, sino exponer a terrible engaño a los trabajadores que de ese modo se hicieron propietarios. (PABLO IGLESIAS. «Propaganda socialista», páginas 103 y 104.)

EL METALURGICO

ORGANO DE LA FEDERACION
SIDEROMETALURGICA DE ESPAÑA

U.G.T.



No, no puede ser

¿Por qué no orientan ustedes el movimiento sindical de los trabajadores en un sentido de relación cordial con los patronos, a fin de resolver los múltiples problemas que tienen planteados?

¿Por qué no estudian ustedes conjuntamente con ellos las causas que originan la crisis de trabajo actual y procuran corregirlas y enmendarlas?

Estas y otras preguntas son las que diariamente nos hacen a nosotros algunos elementos republicanos que de buena fe se preocupan un poco — más por sentimentalismo que por comprensión — de los problemas sociales.

La respuesta que damos en todo momento es clara y contundente. No podemos orientar el movimiento sindical en otra forma, ni mucho menos estudiar con los patronos las causas de la paralización industrial que acogota al mundo, por la sencilla razón de que la clase patronal no vive ni actúa más que para la defensa de sus intereses personales, sin importarle ni poco ni mucho los generales del país.

Todo cuanto se quiera hacer por nuestra parte para humanizar la lucha es, además de peligroso para nosotros mismos, estéril en sus resultados.

La clase capitalista ha llegado ya al convencimiento íntimo de que su enemigo presente y futuro son los trabajadores. No quiere aceptar el principio de que es ella quien tiene que desaparecer como clase, y, por tanto, dejando paso libre a nuevas manifestaciones de progreso. Se ha cerrado a toda innovación y pretende, en su ceguera mental, destruir el templo de la economía, aunque en sus ruinas perezca todo el esplendor de su pasado.

Y ante esta realidad de los hechos no somos nosotros los llamados a vivir en paz conjuntamente con el «hermano lobo».

Como detalles demostrativos que afirman más y más estas aseveraciones nuestras tienen nuestros interrogadores para convenirnos lo sucedido en la décimoctava Conferencia Internacional del Trabajo.

En el orden del día de la citada reunión figuraba como punto básico de la misma la reducción de la jornada de trabajo.

En la Conferencia tripartita celebrada en enero de 1933 y la celebrada posteriormente en junio del mismo año se expusieron, por parte de todos los elementos que integraban la Conferencia, las razones sobre las cuales descansaba su argumentación.

De esta Conferencia, a celebrar en 1934, habría de surgir la convención, a ratificar después por los Gobiernos, a virtud de la cual se estableciese en todo el mundo la jornada de cuarenta horas semanales. ¿Y qué es lo que ha hecho ahora la clase patronal para hurtar el cumplimiento de su deber? Pues, sencillamente, no acudir a la Comisión dictaminadora y abstenerse después en la votación para que por falta de votos no se pudiera aprobar la convención, y, por tanto, el trabajo realizado en dos años se perdiera completamente.

La clase patronal no ha querido tener en cuenta lo que moralmente representa para los obreros arrancarles la esperanza en la obra social que la Oficina Internacional del Trabajo pueda realizar. No ha querido ver los estragos que para mañana está sembrando. Lo único que le ha interesado ha sido conservar su soberbia de amo y señor, y ante ese interés de clase ha declinado y anulado todos los demás.

Pretender nosotros ahora convencer por la persuasión a estos señores del daño que colectivamente nos hacen, tratar de estudiar con ellos solos nuevas formas de trabajo sería, repetimos, peligrosísimo.

De momento es fácil que, para tener tiempo a montar perfectamente el aparato torturador de nuestros derechos, fingieran cierto cariño hacia nosotros. De momento también, quizá se prestaran al estudio de nuevas concepciones en la producción. Pero cuando el clamor popular fuera dominado, por encontrarse los hombres entregados plenamente a la reflexión y a la esperanza, entonces, contra toda razón y ley, los patronos arremeterían violentamente contra nosotros, aplastando la organización y riéndose sarcásticamente de nuestra inocencia colectiva.

Y a esto no nos prestamos. No predicamos el odio por sistema. No aceptamos la lucha por caprichosa. Tenemos un derecho

inegable a vivir y queremos vivir. No a vegetar, sino a vivir. En el mundo existen hoy millones de hombres parados. Cada uno representa una familia. Cada familia es un drama vivo en el cual los actores que lo representan lloran y sufren porque los autores de la tragedia necesitan vivir a costa de los demás.

Las invocaciones a la concordia se pierden en el vacío sin que eco alguno las repita.

Comprendan, pues, los que miran al problema social desde la alta torre de sus sueños que precisa bajar al llano a vivir con los pastores la crudeza de su miseria.

Vivir su vida y comprenderla. Y entonces los hombres que hoy piden concordia y paz serán los primeros que empuñarán la herramienta de trabajo para consagrarse a transformar de raíz la sociedad capitalista actual.

P. TOMAS



Como en los viejos tiempos aún, por "Arrirubi"

¿.....?

«Las circunstancias políticas de España han modificado totalmente el contenido de nuestra huelga. No se trata ya — dijimos — de una lucha entre patronos y obreros que defienden, como es natural, puntos de vista distintos. El conflicto representa, por nuestra parte, la defensa de un derecho ejercido al amparo de la ley escrita. Por parte de la clase patronal, que se siente amparada por las declaraciones imprudentes de los que ocupan el Poder, la manifestación más atrevida de intransigencia que pueda darse y la declaración, a la vez, de tutelar por su propia conveniencia personal lo que las leyes sociales ordenan.»

Este fué nuestro pensamiento, expresado en momentos en que la pasión cegaba un poco el entendimiento de muchos compañeros, y la realidad ha venido plenamente a confirmarlo.

Mientras el Poder público ha dejado — consciente o inconscientemente — amplio margen para que se deslizaran los patronos en sus negativas, dando la sensación, aparente, de que laboraba por solucionar el conflicto, éste no ha sufrido más variación que la representada por el número crecido de camaradas que han ingresado en la cárcel, algunos para satisfacer el capricho criminal de falsos delatores a sueldo.

La forma de solucionar el conflicto se expuso ante el Poder público docenas de veces, sin que jamás sufriera nuestro criterio el choque de otro sostenido por el Gobierno o los patronos, sin duda alguna porque carecían de criterio propio.

Ha bastado, ¡por fin!, que el Gobierno comprendiese y practicara a la vez la necesidad de entregar el pleito al Jurado mixto de Trabajo para que inmediatamente se entregaran al Poder público los términos concretos que servían de base a la solución del conflicto.

Lo que se ha hecho a los tres meses de huelga pudo y debió hacerse antes de que ésta se declarase.

Pudo y debió darse esta solución, aun después de iniciada la huelga, obligando el Gobierno a que el Jurado mixto tratase y dictaminase sobre la petición hecha por los obreros. Si la huelga no se ha resuelto antes no existe más culpable que la inhibición del Poder público, hecha en momentos de profunda gravedad, teniendo como fienta en la calle a miles de hombres, cuya suerte ni le importaba nada ni nada le interesaba.

Valencia, Zaragoza, Barcelona y Madrid tienen establecida para la industria metalúrgica la jornada de cuarenta y cuatro horas semanales, cobrando el sueldo de cuarenta y ocho.

La consecución de esta mejora ha significado para los camaradas de diversas poblaciones la realización de grandes sacrificios, seguidos del cortejo interminable de privaciones y de miserias. Sin embargo, donde la lucha ha adquirido las notas de gravedad insuperable ha sido Madrid.

Por los motivos que informan estas líneas, saben nuestros amigos que en esta huelga se ventilaba un principio moral de respeto a lo que representa la organización, que por nada ni por nadie nos dejaremos arrebatar. Y al sostener en alto este principio, lo hemos defendido para todos los camaradas de España. Dura ha sido la contienda. Algunos claros — pocos, por fortuna — hemos visto en nuestros cuadros. Ahora, serenamente, a trabajar para perfeccionar más y más nuestra organización, a fin de que ésta esté en condiciones de realizar el papel que históricamente tiene asignado.

La lucha de clases en Ginebra

La dinámica de la vida social es de tal manera patente, que aun aquellos que mayor empeño manifiestan para negar la existencia de la lucha de clases son los que más contribuyen a ponerla en evidencia, si no a encontrarla. Me refiero, naturalmente, a la lucha de clases en general, ya que puede manifestarse de distintos modos, y aunque en forma imprecisa, como ocurre en la pelea de los Estados en el palacio de la Sociedad de Naciones, al abandonar Rusia su espléndido aislamiento para ponerse enfrente del fascismo; como puede verse igualmente leyendo entre líneas un artículo jesuítico en «El Sol» del 6 de junio, y en el que vemos retratado a su autor, acometiendo a la delegación española, de la cual él forma parte, y desprestigiando la Organización Internacional del Trabajo, a la par que presume normalmente de defender el progreso social.

Todo esto nos demuestra que el progreso social, la paz y la civilización humana no pueden contar con defensores sinceros y leales fuera del movimiento obrero; pues sólo por nuestra acción viril, enérgica y constante podrá la Humanidad salvarse contra los que la esclavizan y explotan y contra los testarferos que la adormecen para envilecerla.

Para mayor comodidad del lector, expliquemos lo que ocurre en la misma Conferencia Internacional del Trabajo.

Ya expuse en el número de mayo de EL METALURGICO la importancia del tema a tratar relativo a la semana de cuarenta horas, subrayando el hecho sorprendente de que Inglaterra no contestara a su debido tiempo al cuestionario enviado a los Gobiernos por la Oficina del Trabajo. Y esto obedecía a que la respuesta inglesa nos reservaba una maniobra. Los delegados la hemos recibido al día siguiente de empezar la Conferencia. El Gobierno inglés pretendía que se acordara abrir una información, industria por industria, para conocer las posibilidades de aplicación de la semana de cuarenta horas, a fin de aplazarlas indefinidamente; y lo más curioso es que a lo largo de la exposición o preámbulo se aduce que durante los últimos doce meses se ha reducido en Inglaterra la jornada de trabajo en varios oficios y profesiones mediante contratos colectivos. Lo cual equivale a una propaganda en favor de la acción sindical de los trabajadores.

No obstante las salvaduras que pueda ofrecer la actitud contradictoria del Gobierno inglés, los patronos se acogieron a ella para fundamentar en la Conferencia su tesis de oposición. Es verdad que la casi totalidad de los representantes patronales no son patronos en activo. Si no estoy mal informado, hay uno, el representante patronal italiano, y es el único patrono que vota en favor de las cuarenta horas. Los demás son funcionarios de entidades patronales. Pues bien, esos señores se han negado a formar parte de la Comisión de las cuarenta horas, y de seguir su política picaresca fuera cosa de preguntarle si es para obstruccionar, con el dinero de los Estados, a lo que vienen a Ginebra.

Sea como fuere, el hecho es que los representantes patronales, con su actitud, incitan a los trabajadores a que fortalezcan su acción sindical y a que, sin desconfiar de la eficacia legislativa o jurídica que se pueda desarrollar en estos organismos, nada vale tanto como la acción sindical, la acción de masas en lucha abierta contra la clase capitalista.

El otro aspecto de la lucha que deseo poner de relieve es la actividad de los bomberos del capitalismo.

No es sin pena como los veo moverse en la Comisión de enfermedades profesionales, donde me ha correspondido actuar.

Aquí se trata de completar la lista de enfermedades llamadas profesionales con derecho a indemnización para los obreros que por su profesión están expuestos y son víctimas de esas enfermedades. El punto principal es la silicosis (ya aceptada por nuestro Consejo de Trabajo).

Pues bien; los ocho representantes patronales de la Comisión son médicos, y estos hombres de ciencia, avezados a tratar con materias rebeldes y adversas, y cuyo honor ra-

dica precisamente en vencer cuantas dificultades se opongan a su tarea, nos hablan de no se qué inconvenientes para reconocer la silicosis como enfermedad profesional. En vano se les ha dicho que veintiocho países tienen ya incorporada en su legislación la silicosis como enfermedad profesional. En vano se les ha dicho que por radiografía o en clínica se puede apreciar esa terrible enfermedad en los obreros expuestos al polvo venenoso o silis en minas, canteras y otras explotaciones industriales.

Camaradas metalúrgicos que podéis ser víctimas mañana de una intoxicación por el plomo, el mercurio, los gases de bencina, el fósforo, etc., si tal cosa os ocurre, al decir de esos señores médicos representantes patronales, ello será porque vuestros tatarabuelos no llevaron una vida bien arreglada.

Así hablan los sabios, así opina la ciencia, así se manifiestan esos doctores, prontos a negar la existencia de la lucha de clases, siendo, en resumidas cuentas, los que más la avivan y enconan. Quieren actuar de bomberos; pero no advierten que pugnan por apagar el fuego con materias inflamables.

Desgraciadamente para ellos, la fuerza de los hechos es de tal naturaleza que lo que ha de ser será. No hay poder en el mundo capaz de impedir el triunfo del movimiento obrero en la lucha final. En Alemania y en Austria los bomberos de la clase capitalista, encumbrados a sangre y fuego en el Poder, se ven ya envueltos por dificultades sin cuento que les harán morder en breve plazo el polvo de la derrota. Creían asestar un golpe bajo a la Conferencia y hacerla fracasar con su ausencia, y, sin embargo, está más animada que nunca.

Es más. Creo firmemente que se hará buena labor (cuando escribo estas líneas estamos en la primera semana de la Conferencia), contra todos los pesimismo y malos augurios de algunos. Creo que tendremos convenio de la semana de cuarenta horas, que es la cuestión más batallona, y vencerá la justicia social contra la reacción capitalista.

No sin esfuerzo ni sacrificio por nuestra parte, justo es decirlo, y bueno es tenerlo presente en todo momento. Por lo mismo que la lucha es difícil y larga, hay que brindar a su buen desenlace; lo mejor de nosotros es perseverancia, energía y capacidad para que cuando llegue la victoria la hayamos merecido y sepamos conservarla. Y dejad que los bomberos escriban en las gacetas burguesas que vamos hacia el caos y la ruina. Situación más caótica que la presente, con 30 millones de parados, todo ello obra del capitalismo, es difícil superar la ruindad.

Enrique SANTIAGO

Ginebra, junio 1934.

Notas de Valencia

Unas horas en Zaragoza

Por suerte para nosotros, puesto que íbamos a cumplimentar uno de los más altos deberes que imponen a los militantes de la organización obrera, como era el de la solidaridad para con nuestros hermanos en lucha los trabajadores zaragozanos, tuvimos ocasión de compartir unas horas con aquellos valientes camaradas, hombres, mujeres y niños, con aspecto de alegría primero, con rabia y coraje cuando a nuestras preguntas de carácter informativo en cuanto a su situación se referían.

Designados unos cuantos queridos compañeros del Comité de socorro de Valencia pro niños de los huelguistas de Zaragoza, portadores del raso de solidaridad de sus hermanos los trabajadores valencianos, nos brindó la excelente ocasión para apreciar de cerca los estragos causados por una burguesía cecrill y sin conciencia a los hijos y pequeñuelos del noble pueblo aragonés.

Siete camiones repletos de preciada carga — treinta y una toneladas en especies —: arroz, patatas, habichuelas, bacalao, botes de leche, etc., etc., constituían la primera caravana, que entre vítores y aplausos de los trabajadores valencianos desapareció por esa carretera que nos conduce a la ciudad histórica sitiada de Zaragoza.

Podemos asegurar que nunca en nuestra larga vida de obreros militantes hemos sentido tanta emoción como a la llegada a la capital aragonesa; es que nos dábamos perfecta cuenta de que la carga de la cual éramos portadores iba a salvar de las garras vampíricas a miles de niños inocentes, rayanos en la muerte por inanición.

Pero no; eso no podía suceder. Por fortuna, los obreros todos arrinconan sus luchas intestinas y como un solo haz se aprestan a la defensa y conquista del derecho a la vida.

¿Pues qué otra cosa significa la protesta unánime del pueblo trabajador valenciano en la manifestación de duelo por la muerte del obrero metalúrgico José Fita Romero, asesinado vilmente por las hordas fascistas dentro de la factoría Astilleros de la Unión Naval de Levante?

¿Qué demuestra después la huelga general de Valencia, llevada a cabo unánimemente en solidaridad con los obreros de la Hidroeléctrica Española?

Significa esto: Elche, Rótinto, Valencia,

Acto de aniversario en Benavente

El domingo 20 de mayo, y para conmemorar el tercer aniversario de la reorganización de La Emancipación, Sociedad de Metalúrgicos de esta ciudad, se celebró en la Casa del Pueblo un acto de propaganda sindical y socialista. Lo presidió Pascual Pesquero, presidente de la organización metalúrgica, quien presentó a los oradores.

Tomó parte el secretario de La Emancipación, camarada Celestino Ramos, quien después de hacer un balance de los tres años transcurridos desde la reorganización de la Sociedad, hizo atinadas observaciones sobre la marcha de la misma, recalando las mejoras obtenidas por sus afiliados y la necesidad de ampliar y fortalecer su radio de acción. Recibió muchos aplausos.

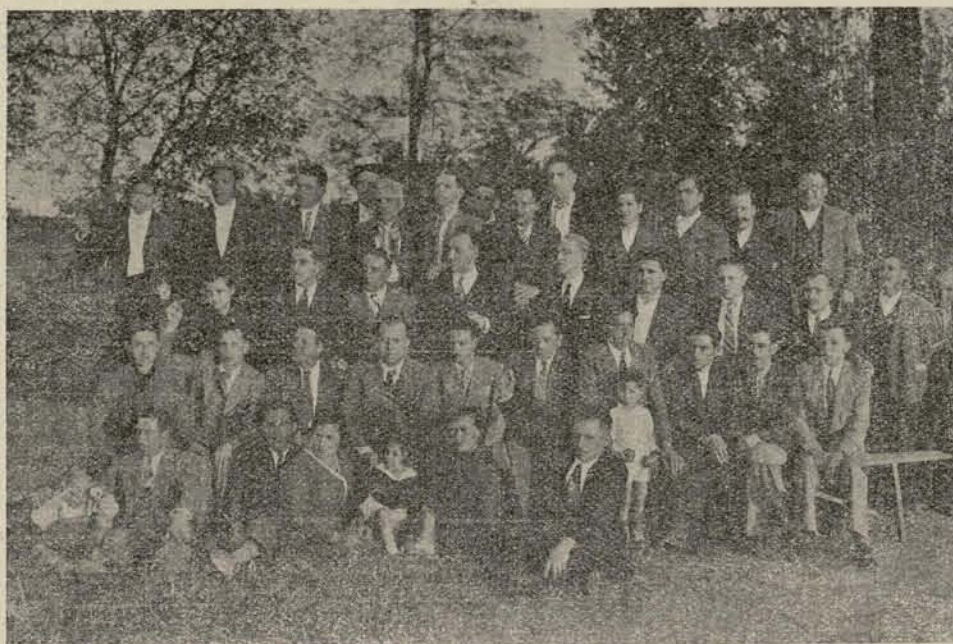
Después habló el presidente de la Federación local, camarada José Almoína, quien dedicó casi todo su discurso a analizar en líneas generales la actual situación de la clase trabajadora frente a los momentos que vive nuestro país, que califica de dramáticos y decisivos, ya que en ellos la solución no ha de buscarse en retoques políticos, sino en un radical cambio de la vida económica. Propugnó porque la clase obrera sepa

enseñanza y experiencia y el presente para tonificar nuestra voluntad y afirmar nuestra decisión, a fin de construir en el porvenir una sociedad justa.

Habla de la instauración de la República y de las esperanzas e ilusiones que despertó en la clase obrera. Todos los hombres que constituían el Comité revolucionario se comprometieron solemnemente, en nombre de todos los partidos republicanos allí representados, sin excepción, a realizar una serie de leyes sociales que elevasen el nivel de vida de la clase obrera. Después, algunos, los que actualmente gobiernan, se olvidaron de sus compromisos e hicieron tabla rasa no sólo de los proyectos preparados, sino también de las leyes obtenidas.

Pregunta qué ha realizado la República, y va estudiando, con una gran profusión de datos y en elocuentes párrafos, la situación de España durante la monarquía.

La España que nos legó la monarquía era una España depauperada moral y materialmente. País de analfabetismo, porque no había escuelas y las que había eran lugares horribles e insanos. La justicia tenía sus ojos cubiertos, y en la simbólica balanza más



Grupo de compañeros de Benavente reunidos con nuestro camarada Pascual Tomás en el acto de aniversario de su Sindicato.

encontrar su deber y cumplir los destinos históricos que le están reservados, fortificando su cultura y preparación y uniéndose en un solo frente de combate contra el capitalismo, que agoniza. Fué muy aplaudido.

A continuación y en medio de grandes aplausos se levanta a hablar el secretario de la Federación Sidero-Metalúrgica y miembro de las Ejecutivas de la Unión y el Partido, camarada Pascual Tomás.

Quisiera que mis palabras — comienza diciendo — fueran recogidas y meditadas no sólo por los trabajadores y afines a nuestras ideas, sino también, y más destacadamente, por aquellos otros elementos que, equivocados, de buena fe nos combaten; porque es llegada la hora en que queden bien señaladas las posiciones de cada uno, a fin de que en los momentos de la victoria proletaria no se venga, sin haber contribuido ni con la adhesión ni con el sacrificio, a unirse en busca del arrimo a los trabajadores. Cada cual ha de pechar en todas sus consecuencias con su propia responsabilidad ante la Historia.

Dice que debemos analizar el pasado como

que el peso de la ley podía el del dinero o la influencia de los caciques; éstos señoreaban el país, con el auxilio y bendición de la Iglesia, a ellos unida. Cuando el cura quería tocaban las campanas a fiesta, y todos los lugareños se endomingaban, reían, se emborrachaban. Cuando doblaban a muerto había que llorar y entristecerse y rezar, envueltos por la superstición del más allá, que explotaban en su favor los señoritos, enriquecidos con el sudor de sus colonos y vasallos.

Se refiere a la transformación que operó la República en el ambiente español. Cita el ejemplo de la labor en Instrucción pública, con más de 9.000 escuelas creadas en dos años, más que todas las que hizo la monarquía en todos los tiempos.

Habla de las cantinas escolares y dice que hay que fomentarlas, para cuando el niño, comparando la limpieza, la cultura y la alimentación que se le da allí con la pobreza, la miseria y hosquedad de las casas proletarias, pregunte el por qué de esta diferencia, se le pueda contestar: «La casa vieja y miserable es el régimen individualista y ca-

que se les conceda la jornada de cuarenta y cuatro horas por semana? ¿Qué piensa el ministro de ello? ¿Se trata de extenuar por hambre a dieciocho mil familias? Digase claro y de una vez. En Valencia y en Zaragoza hace más de un año que estamos disfrutando, sin que por ello se haya resentido la industria ni la economía, a no ser que se trate de culpar a la aplicación de esta jornada — que ya nadie se acuerda de ella — el boicot descarado que no solamente en esta industria, sino en todas ha llevado a cabo la reacción y capitalismo para hundir aquella República que fué.

Camaradas metalúrgicos madrileños: Os asiste la razón. Ya nos damos perfecta cuenta de que la batalla que estáis librando es dura y decisiva contra toda la patronal española; ella sabe que hundiéndose a vosotros les será más fácil la pelea en provincias; conocemos sus planes.

Conste, pues, a gobernantes y patronos que nuestros compañeros de Madrid no están solos; les asiste la razón y la justicia, y, por si fuese poco, la clase trabajadora española se apresta a salir en su ayuda.

Camaradas de Valencia, compañeros de España entera: ¡Viva la huelga de los obreros metalúrgicos madrileños!

E. DOMINGUEZ

Valencia.

pitalista que muere; la cantina y las escuelas nuevas, alegres, cultas y limpias, son el signo del régimen colectivista y socialista que nace.

Se refiere a la campaña del clero presentando a la República como perseguidora de la Iglesia, y dice que eso es una patraña, desgraciadamente para ella. La República no ha perseguido ni atacado a la Iglesia, como debiera haberlo hecho; lo que se oculta tras esas mentiras es el rencor por la pérdida de los sesenta y nueve millones del presupuesto.

Nosotros no atacamos a la Iglesia; no lo necesitamos. Basta presentar ante los trabajadores harapientos, hambrientos, analfabetos el espectáculo de sus opresores del brazo de la Iglesia, bendecidos por ella y por ella amparados, para que los obreros conscientes se le separen y huyan. Nosotros no necesitamos atacar a la Iglesia; pero analizando y criticando la realidad ante nuestros hermanos de clase tenemos que decirles que antes, cuando sobre la soberbia de las cúpulas de los templos se ponían las cruces de piedra o de hierro, desafiando los cielos con alarde arquitectónico y como amparando la fábrica, no se evitaba que un día, desencadenados los de las entrañas de la nube, surgiera el rayo que hundiese las bóvedas e hiciere caer el orgullo de chapiteles y agujas. Para estar los templos protegidos se necesitó que, además de la cruz, subiera a la torre el obrero sencillo a poner el pararrayos que hiciera inofensiva la cólera de la Naturaleza.

Estudia después la labor realizada en el ministerio de Trabajo por Largo Caballero. (Se oyen muchos vivas al Lenin español y presidente del Partido Socialista.)

Estudia los fenómenos económicos a que da motivo el proceso del maquinismo capitalista. Dice que así como pasó el feudalismo se asiste ahora a la crisis de un sistema de organización económica. Es el momento de la clase trabajadora y ésta tiene que prepararse y capacitarse para tomar la dirección y ejercer el mando de los destinos humanos.

En párrafos brillantísimos y muy sentidos exalta a los obreros a hacer respetar no sólo la jornada de ocho horas de trabajo, sino también la de ocho horas de estudio. Se dirige a los jóvenes para que no pierdan sus mejores años, recordando con el poeta que quien pierde la mañana pierde la tarde, quien pierde la juventud pierde la vida.

Fustiga duramente a los que gastan sus jornales en la taberna y los lupanares. Mientras los burgueses, al pasar por una calle, oigan cómo los obreros disputan, cantan y vociferan en las tabernas, vivirán tranquilos y seguros, porque esos trabajadores no podrán hacer la revolución, y para vencerlos bastará a la burguesía el empleo de la fuerza pública. La verdadera revolución no se hace más que con el estudio y la cultura de la clase obrera.

Nos esperan horas — termina — terriblemente amargas. Lo que nosotros tenemos que conquistar no lo disfrutaremos nosotros, sino nuestros hijos. Quien no esté dispuesto al sacrificio, que no nos acompañe; quien crea que la semilla en el surco fructifica y se recoge al día siguiente de lanzada; quien quiera que el árbol recién plantado dé sombra al día siguiente, que no venga con nosotros. Leyendo el *Quijote*, éstos verán la grotesca figura de Sancho, y nosotros queremos ser como el hidalgo manchego: nobles, generosos, sacrificados, prontos a salir a la calle a dar la vida si es preciso para deshacer entuertos, vengar agravios, defender al débil, al desamparado, al menesteroso, creando un mundo nuevo, libre de injusticias.

Una formidable ovación, que dura largo rato, premia el magistral discurso de Pascual Tomás. Se oyen muchos vivas al Partido Socialista, al frente único, a los huelguistas metalúrgicos madrileños y a la revolución social.

Durante el acto postularon varios compañeros del Socorro Rojo Internacional a favor de los compañeros metalúrgicos madrileños, recaudando una crecida cantidad.

Por la tarde se celebró una jira campesina, en la que fraternizaron muchos compañeros y en la que Pascual Tomás dió una amena y aleccionadora charla sobre temas de carácter interno de las organizaciones. Se obtuvieron varias fotografías.

En resumen: una gran jornada para el proletariado de Benavente.

EL CORRESPONSAL

Cuando la tendencia de las fuerzas económicas es aumentar los medios de producción; cuando la mecánica, el vapor y la electricidad, invadiéndolo todo, exigen extensos campos donde desplegar sus fuerzas, su poder; cuando la competencia feroz que hoy impera en el mercado arruina al que cuenta con instrumentos de trabajo imperfectos o produce en pequeña escala; cuando todo esto ocurre, decimos: querer dar las tierras en pequeños lotes no sólo es ir contra el progreso económico, sino exponer a terrible engaño a los trabajadores que de ese modo se hicieron propietarios. (PABLO IGLESIAS. «Propaganda socialista», páginas 103 y 104.)

PAGINA PROFESIONAL

Notas tecnológicas

(Continuación.)

FORMA DE LLEVAR A EFECTO ALGUNAS OPERACIONES DE TALADRAR

Se debe marcar el centro de las piezas con un punto o granete, el cual sirve para guiar la broca. A veces es conveniente marcar una circunferencia antes de empezar a taladrar, con objeto de observar si el agujero se desvía.

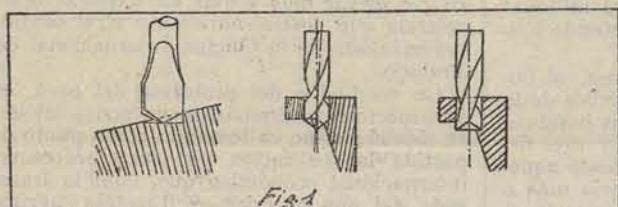
Si el agujero a taladrar es pequeño, se taladra directamente; pero para agujeros grandes (mayores de 15 milímetros de diámetro) se harán dos taladros o más, uno con broca pequeña y el otro con la grande correspondiente al agujero.

Se trabajará el taladro en seco cuando se trata de los materiales siguientes: fundición, latón, cobre, bronce y aluminio, etc.

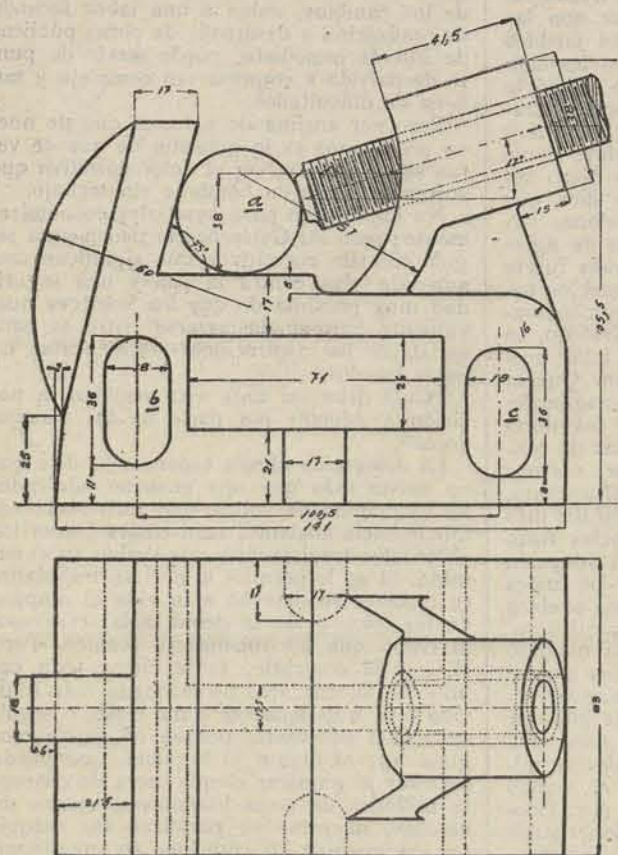
En cambio, el acero dulce y el fundido se taladran mucho mejor con lubricación de aceite o taladrina.

Cuando se debe taladrar una superficie oblicua al eje de la broca, la broca tiende a desviarse, y es necesario hacer un alojamiento con el buril para que la broca no tienda a desviarse. Hay que cuidar también la salida de la broca al final del taladro y, a poder ser, disminuir el avance a la salida.

A veces la salida de los agujeros preséntase como se in-



dica en la figura 1.^a, y entonces la broca ordinaria sufre una gran desviación de su eje, estando muy expuesto a la rotura. Para evitar esto se terminan los taladros con una



MOVIMIENTO SINDICAL

Conferencia Internacional del Trabajo

Por estimar su contenido interesante, a continuación reproducimos parte del discurso pronunciado por nuestro compañero Pascual Tomás al discutirse en la Conferencia Internacional del Trabajo la Memoria presentada por el señor director de la misma

«La Memoria que somete el señor director al juicio crítico de todos los delegados ofrece, por la riqueza de su contenido y la amplitud de su información, campo ilimitado para que podamos examinar la verdadera situación del mundo y las causas y los orígenes del actual desconcierto económico. No será posible — afirmamos nosotros — la salud económica de los pueblos si éstos no tienen como base de su vida una amplia y decisiva colaboración internacional.

La delegación obrera española cree firmemente que, si de veras se quiere estructurar un sistema social más humano y más justo que el presente, habrá de partirse del principio inmovible de la solidaridad universal.

Nuestra intervención ha de limitarse a dos puntos concretos de la Memoria, a saber: fidelidad de los Estados pertenecientes a la Oficina en el cumplimiento de las leyes sociales que se dictaron para la interpretación de los convenios aprobados y ratificados, y medidas a adoptar para resolver en parte la gravísima crisis económica que azota la vida de los trabajadores de todo el mundo.

¿Qué representa para la Humanidad la Oficina Internacional del Trabajo?

Esta es, según las razones fundamentales que avalaron su constitución, lo siguiente: Considerando que existen condiciones de trabajo que implican para un gran número de personas la injusticia, la miseria y las privaciones, lo cual engendra un descontento que constituye una amenaza para la paz y la armonía universal, y considerando a la vez que es urgente mejorar dichas condiciones de vida, reglamentando las horas de trabajo, la fijación de una duración máxima de la jornada, con la garantía de un salario y la protección de los niños, de los adolescentes y de las mujeres, garantizando a la vez la libertad de asociación sindical como expresión de la voluntad colectiva de los trabajadores, la Oficina adquirió el compromiso solemne al constituirse de garantizar por medio de convenios internacionales los principios de humanidad en los cuales se funda la razón de su existencia. Esto es lo que el mundo vio al iniciar sus tareas en el año 1919 la Oficina Internacional del Trabajo. No entra en nuestros cálculos — ya lo dijimos al empezar — realizar una labor de crítica objetiva acerca de la obra desarrollada por la Oficina. Sabemos que a pesar de la crisis angustiosa que domina al mundo, la Oficina sigue realizando una obra fecunda y aportando cada día con mayor vigor nuevas manifestaciones de acción internacional. Lo que sí deseamos es que se nos permita hacer, a la vista de los hechos que la actualidad del mundo nos ofrece, aquellas apreciaciones que reputamos interesantes en orden y relación a tan complicado problema.

¿Cómo ha correspondido la realidad de los hechos a la obra iniciada por la Oficina? De la siguiente manera: A la Mesa han llegado de los diversos países del mundo, previamente ratificados por los Gobiernos interesados, convenios a virtud de los cuales se señalan condiciones de trabajo, horario y garantías de respeto para los adolescentes, para las mujeres y para los niños. En esa floración de convenios ratificados figuran algunos en cuyo articulado está trazado magníficamente lo que son aspiraciones mínimas de los obreros y punto inicial de sus justas reivindicaciones de clase. Pero la realidad, maestra insuperable de la vida, nos viene a decir a todos que esto no basta. Nosotros sabemos, por dolorosa experiencia, la ineficacia de estas ratificaciones de convenios y de las leyes complementarias que gradúan su aplicación cuando no van seguidas de un deseo claro y terminante de aplicarlas a la vida social de todos y cada uno de los pueblos que integran la Oficina Internacional del Trabajo. ¿Razones? Las siguientes: Al efectuarse en España el cambio de régimen y ser sustituida la monarquía por una forma de Gobierno republicana pasaron a integrar el Gobierno provisional de la República tres hombres pertenecientes a

la clase trabajadora. España, representada por la voluntad soberana de sus Cortes constituyentes, ratificó diversos convenios aprobados por la Conferencia en años anteriores y aprobó unas leyes sociales como interpretación de los mismos que significaban un avance innegable en las normas de trabajo y de respeto al obrero que lo efectúa. Pero ha bastado, señoras y señores, que el Gobierno de la República española dejara de sentir dentro de sí mismo el control de los elementos nuestros para que la clase adinerada, dueña y señora de los instrumentos de trabajo, arremetiera contra la legislación social por el procedimiento que le es más viable, cual es el de negar trabajo a los hombres que no se someten previamente a sus deseos inadmisibles. Frente al poder de las leyes ha surgido en España, como en todo el mundo, el poder de la clase patronal.

Con ello se desplomó violentamente todo el contenido espiritual y humano de las leyes sociales. Se ha derogado parte de las mismas, y las que han quedado en pie tienen actualmente un sentido de interpretación que pierde en la realidad de su aplicación a las luchas sociales todo el positivo valor de que el legislador quiso dotarlas al forjarlas en las horas emocionales del cambio de régimen. En la pasada Conferencia el delegado obrero representante de los Países Bajos, camarada Kupers, solicitaba en su discurso al discutirse la Memoria presentada por el señor director "el que se estudiasen los medios necesarios que pudieran servir de base para establecer en todo el mundo el salario mínimo con el cual se garantizase la vida material de los trabajadores todos". Idénticas consideraciones a las que sirvieron de base a esta propuesta formulada por el camarada Kupers sirven en estos instantes a mi modestísima intervención.

La delegación obrera española considera que la Oficina Internacional del Trabajo debe movilizarse con la más provechosa rapidez los medios de que dispone a fin de que no solamente se forjen en estas Conferencias proyectos de convenios que después libremente podrían ratificar o no los Gobiernos que la integran, sino que, además, se inicie por la Oficina una labor vigilante que impida el que no se ratifiquen los convenios, o que, una vez ratificados, con sus leyes interpretativas puedan establecerse en los países que lo hicieron sistemas de trabajo, normas de salario y horario que estén en pugna con el sentir que preside las deliberaciones de la Conferencia. Porque no solamente se limita la libertad sindical de los trabajadores en aquellos países donde existen regímenes de Gobierno contrarios a toda forma democrática de elección, sino que también se restringe esta libertad y, por tanto, se falsean los convenios en aquellos países regidos por regímenes de apariencia democrática, en los cuales se persigue a los trabajadores por el solo hecho de pertenecer a la organización obrera más representativa del país, negándoles la posibilidad de adquirir un salario y condenándoles, por tanto, a un estado de tristeza y de desesperación. Por eso, señor director, las observaciones que el delegado obrero español se permite hacer al contenido de la Memoria no rozan ni de cerca ni de lejos la obra positiva que reconozco haber sido realizada por la Oficina en orden a la preparación de convenios; lo único que se permite decir es sugerir a la Conferencia la idea, para ser examinada en posteriores reuniones, consistente en que por parte de la Oficina se movilicen los medios más positivos a su alcance para impedir que un Gobierno determinado, al cambiar las directrices de su política interior, y, por tanto, desestimar apreciaciones ideológicas de un sentido liberal y democrático, pueda firmar los convenios para seguir dando la sensación ante la Conferencia de que sigue el ritmo ascendente de la misma, pero realizando en su país una política negativa dejando incumplido, como se afirma en el apartado 13 del Trata-

do de Versalles, el principio de la libertad de asociación sindical, y colocando cada día más obstáculos al normal desarrollo que la clase trabajadora reclama con el derecho innegable que le conceden sus aportaciones diarias al acervo común de la civilización. Ya sé que el reglamento da medios para poder conocer cómo se cumplen en los diversos países los convenios ratificados. Pero no es el contenido de la letra muerta lo que yo busco con fervoroso afán en esta intervención. Es, sencillamente, reanimar la llamada ideal que impulse a todos los pueblos a rendir a la verdad y a la justicia el testimonio que se merecen. Si esta política cuyas ideas preliminares quedan iniciadas con los trazos inseguros de mis palabras no se efectúa, tenemos el firme convencimiento, señor director, de que la clase trabajadora del mundo irá perdiendo paulatinamente su confianza en la obra que la Oficina puede y está en condiciones de realizar. Los miles de trabajadores que sufren las consecuencias del actual desconcierto económico no pueden esperar a que se articulen convenios internacionales que les liberen en parte de esclavitud, porque seguirán temiendo, con sobrado fundamento, que si no se posee una fuerza sindical positiva que haga respetar y valer sus derechos los convenios no tendrán más alcance que banderas desplegadas al viento en un sentido falso de democracia y de liberación, tras de los cuales no hay nada que defienda y ampare a los trabajadores. Europa, y con ella la Humanidad entera, viven en estos instantes dramáticos para la historia del mundo horas de intensa amargura. ¿Por qué? Porque la crisis de trabajo va apartando del taller y del laboratorio la inteligencia y los brazos de los hombres, porque no se quiere sostener en alto las necesidades económicas de los millones de obreros parados que están vegetando tristemente en su miseria.

Al nacer la Sociedad de Naciones, al poner un punto final a las horas difíciles de la lucha en los campos de batalla, los hombres representativos de los países beligerantes firmaron el Tratado de Versalles. Desde aquel instante existe en pie una vigilancia más o menos efectiva que impide, por lo menos, que los pueblos se destruyan entre sí. ¡Nadie se atreve a ser el primero en el ataque! De aquel tratado nació la Oficina Internacional del Trabajo. Se quiso con ello — en aquellos momentos de terror que la antorcha rusa produjo — rendir el tributo de justicia que el pueblo merece, ya que las clases más humildes de todos los pueblos fueron las que soportaron sobre sí las consecuencias de la guerra. Con ello se dió la sensación aparente de que reconocía al trabajo el alto valor universal que atesora y se trataba de redimir a los hombres como trabajadores y ciudadanos. Pues bien, señores, la delegación española os dice que esa misma vigilancia que las naciones tienen sobre sí limitando los medios de agresión armada, impidiendo que el más fuerte pueda aplastar libremente a los pueblos pequeños, debe tenerla, en grado mucho mayor, la Oficina Internacional del Trabajo, en orden y relación con los que en el taller producen y en el laboratorio trabajan. Que la Oficina, como centinela en la vanguardia del movimiento reivindicador de los derechos humanos, labore, sí, proyectos de convenio, articule, como es su deber, normas jurídicas que salven a la mujer, al anciano, al niño y al obrero de toda agresión del más fuerte; pero que en las Conferencias futuras figuren en su orden del día la adopción de medios coercitivos, a virtud de los cuales pueda la Conferencia obligar a los pueblos que la integran a ratificar los convenios sujetando las normas de trabajo al máximo respeto, y si alguien, rompiendo los moldes de la civilidad que debe ser la característica de toda obra futura, tratase de imponer su fuerza, de burlar las leyes, de someter a los hombres a jornadas y a jornales de miseria, para lanzar después sobre el mundo el producto de un trabajo forjado por el dolor y la vida de los humildes, destruyendo como consecuencia la economía de los pueblos, entonces, repito, señoras y señores, que la Oficina Internacional, cuanto ella vale y cuanto ella significa, tenga plenos poderes para imponerle al Gobierno que se rebelara la máxima corrección, volcando su fuerza y su poderío a favor de los obreros y, por tanto, a favor de la obra social que la Oficina está en el deber de realizar.

Otro punto interesante de la Memoria presentada por el señor director es el que se relaciona con el paro obrero.

Nosotros nos encontramos hoy ante el hecho brutal de un paro acentuado que amenaza con destruir toda la economía mundial. De las consecuencias de este paro y de las causas que lo provocan nada se le puede imputar a la clase trabajadora, que señaló ya, ante el avance del maquinismo,

las repercusiones que del mismo habían de derivarse. El paro tecnológico adquiere cada día que pasa mayor intensidad. Nosotros no podemos, como hombres de ideas progresivas, impedir el perfeccionamiento de la máquina como medio de redimir al hombre de su esfuerzo. Pero lo que sí debemos solicitar, y solicitamos cada día con mayor fervor, es que la máquina, cuanto ésta representa de riqueza y de valor económico, se restituya a la colectividad para que ésta inicie la distribución de sus productos con un criterio más humano que el actual.

El ensayo de "economía dirigida" hecho, en parte, en uno de los países de más recia potencia industrial demuestra con realidades innegables la necesidad que existe de mermar en ritmo ascendente y prolongado las horas de producción del obrero y de aumentar su potencia adquisitiva.

Nosotros consideramos que la Conferencia debe impulsar la rápida aprobación del convenio por el cual se fija la jornada de trabajo en cuarenta horas semanales como máximo; horas de trabajo que habrán de disminuirse más y más según la máquina vaya avanzando. Se dirá contra esta aspiración de los trabajadores todo cuanto se quiera por quienes intentan retrotraer nuestras actividades a un mundo distinto del actual. Pero nosotros declaramos que si no se establece el exacto cumplimiento de los convenios internacionales, se respeta el libre derecho de asociación y se establece la jornada de cuarenta horas, la situación del mundo, en vez de mejorar, sufrirá un retroceso lamentabilísimo. Cuando no se encuentran facilidades por parte del régimen capitalista para salvar sus intereses de clase se recurrirá, como ya sucede ahora, a cercenar las escasas posibilidades de vida del obrero y a elevar más y más las barreras arancelarias que destruirán de por sí el sentido universalista de la Oficina Internacional del Trabajo.

La resolución del problema del paro, en su aspecto más dramático, no podrá iniciarse siquiera si no es tomando como punto de partida la realización de una Conferencia internacional económica que, cual la fracasada del año anterior en Londres, agrupe todas las sugerencias de cada nación y establezca una política de revisión arancelaria universal que borre aquellas fronteras proteccionistas, de las cuales no existe más que el interés particular de una minoría sobre el general de toda una nación. La estabilidad de los cambios, unida a una labor fecunda de realización y desarrollo de obras públicas de interés inmediato, puede servir de punto de partida a empresa tan compleja y tan llena de dificultades.

Pero por encima de todo, lo que de nuevo precisamos es la garantía de que de veras se quiere resolver el dolor colectivo que sufren millones de hombres sin trabajo.

No hay dinero para ayudarles económicamente; pero los Gobiernos lo tienen para seguir creando coercitivos que significan una amenaza viva contra la paz y una seguridad muy próxima de que los hombres nuevamente han de destruirse entre sí para satisfacer las aspiraciones imperialistas de otros hombres.

¿Cuál debe ser ante esta realidad la posición a adoptar por parte de los trabajadores?

La delegación obrera española os dice que no existe más que una posición: defender los principios de solidaridad universal; caminar hacia adelante, sean cuales fueren los obstáculos tradicionales que surjan en el camino. Si se le permite a la clase trabajadora resolver su derecho a la vida al amparo de las leyes y de la democracia, caminará al ritmo que las mismas le señalen. Pero si, por el contrario, se le cierra todo camino legal, entonces no le queda más solución que, o desaparecer como clase, o seguir en acción constante, porque no existe ninguna ley, ni divina ni humana, que pueda permitir ni amparar el que cerca de cuarenta millones de seres humanos perezcan de hambre, mientras se paralizan las máquinas, se queman las cosechas, se amontonan los productos manufacturados por carecer de potencia adquisitiva aquellos hombres que no cometieron más delito que el de haber aprendido una profesión liberal o manual, que representa para todos y cada uno de los mismos lo más preciado de su personalidad.

Si la Oficina consigue — nosotros creemos firmemente que puede hacerlo — impulsar la vida del mundo por un derrotero de justicia, habrá salvado de la muerte lenta, más triste todavía que la que sufren los hombres en los campos de batalla, a los millones de seres humanos que constituyen con su trabajo y con su inteligencia el basamento de la civilización moderna.»

PAGINA PROFESIONAL

Notas tecnológicas

(Continuación.)

FORMA DE LLEVAR A EFECTO ALGUNAS OPERACIONES DE TALADRAR

Se debe marcar el centro de las piezas con un punto o granete, el cual sirve para guiar la broca. A veces es conveniente marcar una circunferencia antes de empezar a taladrar, con objeto de observar si el agujero se desvía.

Si el agujero a taladrar es pequeño, se taladra directamente; pero para agujeros grandes (mayores de 15 milímetros de diámetro) se harán dos taladros o más, uno con broca pequeña y el otro con la grande correspondiente al agujero.

Se trabajará el taladro en seco cuando se trata de los materiales siguientes: fundición, latón, cobre, bronce y aluminio, etc.

En cambio, el acero dulce y el fundido se taladran mucho mejor con lubricación de aceite o taladrina.

Cuando se debe taladrar una superficie oblicua al eje de la broca, la broca tiende a desviarse, y es necesario hacer un alojamiento con el buril para que la broca no tienda a desviarse. Hay que cuidar también la salida de la broca al final del taladro y, a poder ser, disminuir el avance a la salida.

A veces la salida de los agujeros preséntase como se in-

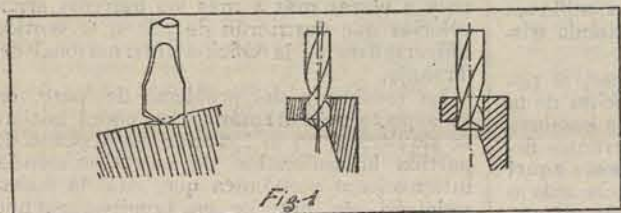


Fig. 1

dica en la figura 1.ª, y entonces la broca ordinaria sufre una gran desviación de su eje, estando muy expuesto a la rotura. Para evitar esto se terminan los taladros con una

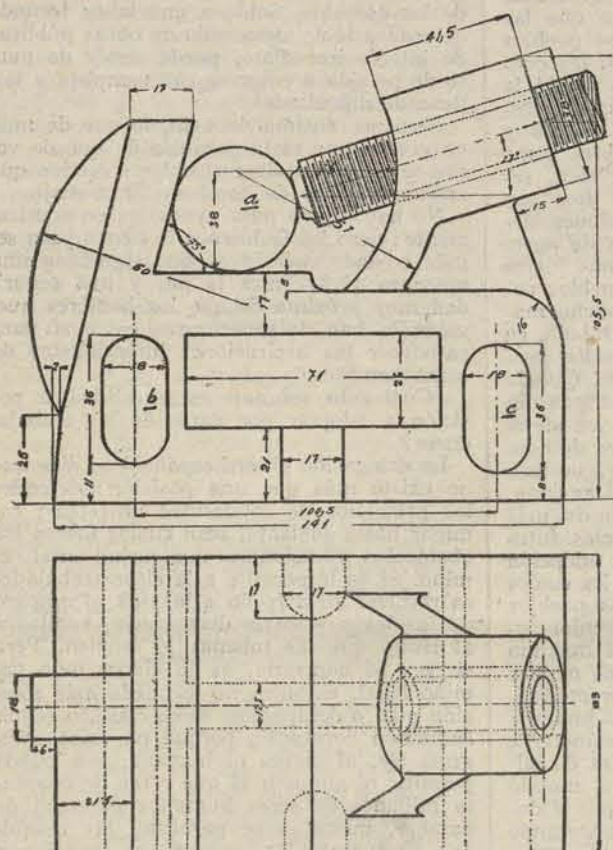


Fig. 2

broca de corte plano, tal como se indica en la misma figura.

Algunas disposiciones para el taladrado. — Para taladrar cilindros puede emplearse la disposición que se ve en la

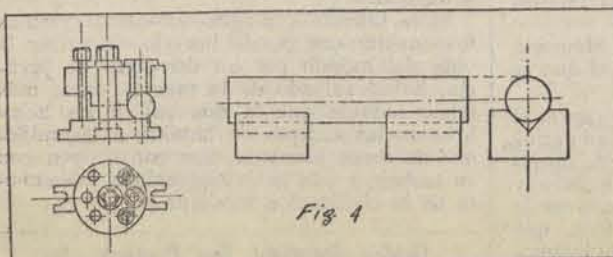
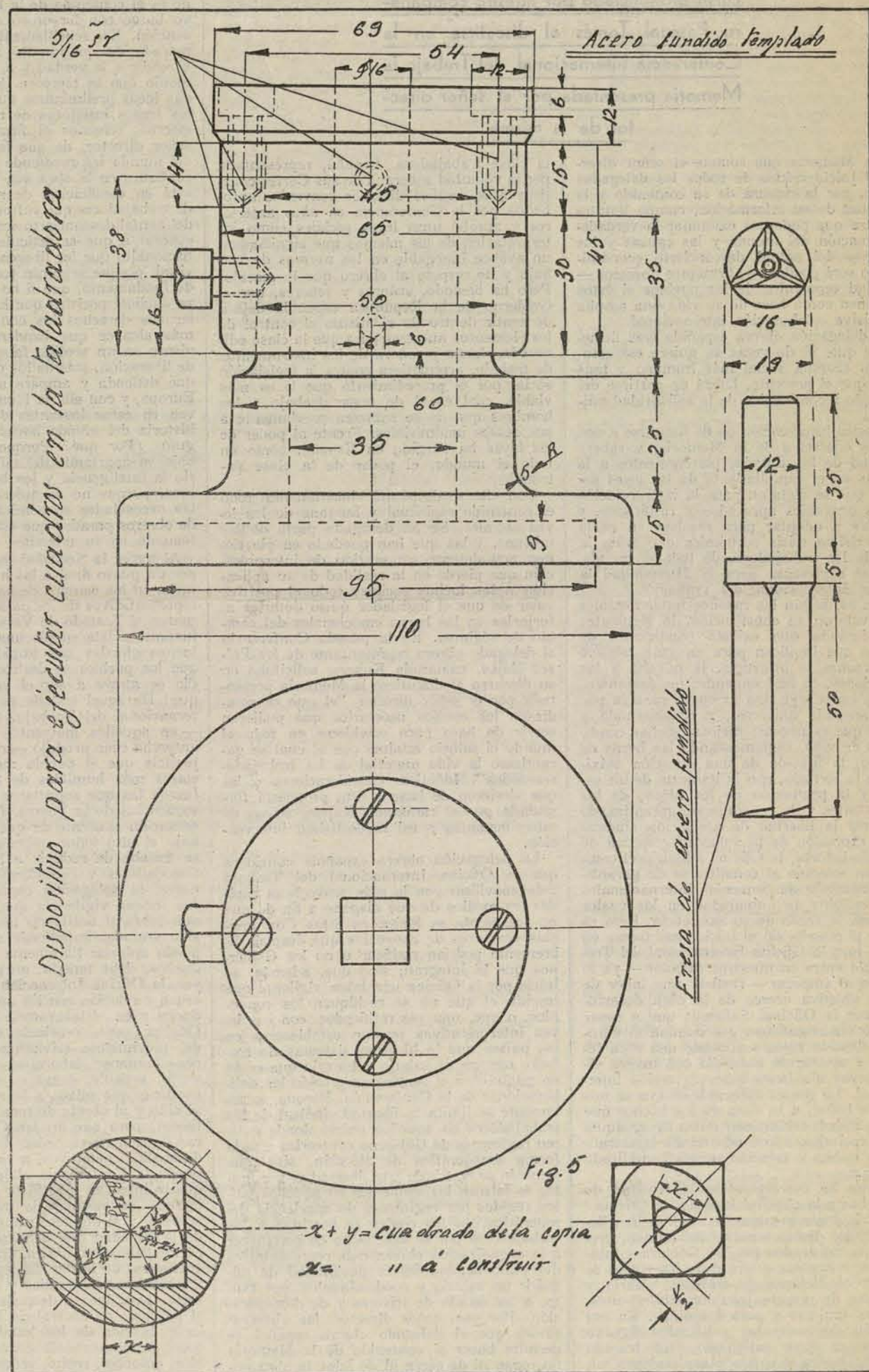


Fig. 4

figura 4.ª, y cuando los cilindros se han de taladrar en el sentido de su eje, entonces presta grandes servicios el montaje de la figura 2.ª, que es muy cómodo para la sujeción de piezas redondas. En este montaje *a* representa el cilindro que está dispuesto para ejecutar el taladro y *b* y *c* las

Para sacar agujeros cuadrados puede emplearse una disposición parecida a la que representamos en la figura 5.ª, empleando una herramienta de forma triangular, de lado del triángulo igual al del cuadrado a ejecutar. Requiere el trabajo una placa guía templada, donde se haya sacado el



ranuras que permiten fijar el montaje a la mesa de la máquina taladradora por medio de dos pernos cuando el trabajo es fuerte.

El taladrado de las esferas puede efectuarse cómodamente y sin peligro de una excentricidad con un montaje que representa la figura 4.ª. El calibre guía debe tener el diámetro de la broca a emplear; pudiendo tener el mismo montaje varios agujeros (tres el del dibujo), los cuales permiten hacer taladros diferentes sin necesidad de andar cambiando los casquillos conductores.

cuadro que se quiere reproducir. Se sujeta la pieza a taladrar entre el cuerpo del montaje y la placa guía, después de abrir un agujero de diámetro igual al lado del cuadrado o ligeramente inferior.

La cuchilla se coloca en el orificio cuadrado de la placa guía, y al girar se ve obligada a seguir el perfil cuadrado que acabará por reproducir. Se observará que el eje de la cuchilla no permanece en una posición fija, y, por tanto, hay que dejar al eje de la máquina o a la pieza cierta libertad de movimiento.

MOVIMIENTO SINDICAL

Conferencia Internacional del Trabajo

Por estimar su contenido interesante, a continuación reproducimos parte del discurso pronunciado por nuestro compañero Pascual Tomás al discutirse en la Conferencia Internacional del Trabajo la Memoria presentada por el señor director de la misma

«La Memoria que somete el señor director al juicio crítico de todos los delegados ofrece, por la riqueza de su contenido y la amplitud de su información, campo ilimitado para que podamos examinar la verdadera situación del mundo y las causas y los orígenes del actual desconcierto económico. No será posible — afirmamos nosotros — la salud económica de los pueblos si éstos no tienen como base de su vida una amplia y decisiva colaboración internacional.

La delegación obrera española cree firmemente que, si de veras se quiere estructurar un sistema social más humano y más justo que el presente, habrá de partirse del principio inmovible de la solidaridad universal.

Nuestra intervención ha de limitarse a dos puntos concretos de la Memoria, a saber: fidelidad de los Estados pertenecientes a la Oficina en el cumplimiento de las leyes sociales que se dictaron para la interpretación de los convenios aprobados y ratificados, y medidas a adoptar para resolver en parte la gravísima crisis económica que azota la vida de los trabajadores de todo el mundo.

¿Qué representa para la Humanidad la Oficina Internacional del Trabajo?

Esta es, según las razones fundamentales que avalaron su constitución, lo siguiente: Considerando que existen condiciones de trabajo que implican para un gran número de personas la injusticia, la miseria y las privaciones, lo cual engendra un descontento que constituye una amenaza para la paz y la armonía universal, y considerando a la vez que es urgente mejorar dichas condiciones de vida, reglamentando las horas de trabajo, la fijación de una duración máxima de la jornada, con la garantía de un salario y la protección de los niños, de los adolescentes y de las mujeres, garantizando a la vez la libertad de asociación sindical como expresión de la voluntad colectiva de los trabajadores, la Oficina adquirió el compromiso solemne al constituirse de garantizar por medio de convenios internacionales los principios de humanidad en los cuales se funda la razón de su existencia. Esto es lo que el mundo vio al iniciar sus tareas en el año 1919 la Oficina Internacional del Trabajo. No entra en nuestros cálculos — ya lo dijimos al empezar — realizar una labor de crítica objetiva acerca de la obra desarrollada por la Oficina. Sabemos que a pesar de la crisis angustiosa que domina al mundo, la Oficina sigue realizando una obra fecunda y aportando cada día con mayor vigor nuevas manifestaciones de acción internacional. Lo que sí deseamos es que se nos permita hacer, a la vista de los hechos que la actualidad del mundo nos ofrece, aquellas apreciaciones que reputamos interesantes en orden y relación a tan complicado problema.

¿Cómo ha correspondido la realidad de los hechos a la obra iniciada por la Oficina? De la siguiente manera: A la Mesa han llegado de los diversos países del mundo, previamente ratificados por los Gobiernos interesados, convenios a virtud de los cuales se señalan condiciones de trabajo, horario y garantías de respeto para los adolescentes, para las mujeres y para los niños. En esa floración de convenios ratificados figuran algunos en cuyo articulado está trazado magníficamente lo que son aspiraciones mínimas de los obreros y punto inicial de sus justas reivindicaciones de clase. Pero la realidad, maestra insuperable de la vida, nos viene a decir a todos que esto no basta. Nosotros sabemos, por dolorosa experiencia, la ineficacia de estas ratificaciones de convenios y de las leyes complementarias que gradúan su aplicación cuando no van seguidas de un deseo claro y terminante de aplicarlas a la vida social de todos y cada uno de los pueblos que integran la Oficina Internacional del Trabajo. ¿Razones? Las siguientes: Al efectuarse en España el cambio de régimen y ser sustituida la monarquía por una forma de Gobierno republicana pasaron a integrar el Gobierno provisional de la República tres hombres pertenecientes a

la clase trabajadora. España, representada por la voluntad soberana de sus Cortes constituyentes, ratificó diversos convenios aprobados por la Conferencia en años anteriores y aprobó unas leyes sociales como interpretación de los mismos que significaban un avance innegable en las normas de trabajo y de respeto al obrero que lo efectúa. Pero ha bastado, señoras y señores, que el Gobierno de la República española dejara de sentir dentro de sí mismo el control de los elementos nuestros para que la clase adinerada, dueña y señora de los instrumentos de trabajo, arremetiera contra la legislación social por el procedimiento que le es más viable, cual es el de negar trabajo a los hombres que no se someten previamente a sus deseos inadmisibles. Frente al poder de las leyes ha surgido en España, como en todo el mundo, el poder de la clase patronal.

Con ello se desplomó violentamente todo el contenido espiritual y humano de las leyes sociales. Se ha derogado parte de las mismas, y las que han quedado en pie tienen actualmente un sentido de interpretación que pierde en la realidad de su aplicación a las luchas sociales todo el positivo valor de que el legislador quiso dotarlas al forjarlas en las horas emocionales del cambio de régimen. En la pasada Conferencia el delegado obrero representante de los Países Bajos, camarada Kupers, solicitaba en su discurso al discutirse la Memoria presentada por el señor director "el que se estudiasen los medios necesarios que pudieran servir de base para establecer en todo el mundo el salario mínimo con el cual se garantizase la vida material de los trabajadores todos". Idénticas consideraciones a las que sirvieron de base a esta propuesta formulada por el camarada Kupers sirven en estos instantes a mi modestísima intervención.

La delegación obrera española considera que la Oficina Internacional del Trabajo debe movilizar con la más provechosa rapidez los medios de que dispone a fin de que no solamente se forjen en estas Conferencias proyectos de convenios que después libremente podrían ratificar o no los Gobiernos que la integran, sino que, además, se inicie por la Oficina una labor vigilante que impida el que no se ratifiquen los convenios, o que, una vez ratificados, con sus leyes interpretativas puedan establecerse en los países que lo hicieron sistemas de trabajo, normas de salario y horario que estén en pugna con el sentir que preside las deliberaciones de la Conferencia. Porque no solamente se limita la libertad sindical de los trabajadores en aquellos países donde existen regímenes de Gobierno contrarios a toda forma democrática de elección, sino que también se restringe esta libertad y, por tanto, se falsean los convenios en aquellos países regidos por regímenes de apariencia democrática, en los cuales se persigue a los trabajadores por el solo hecho de pertenecer a la organización obrera más representativa del país, negándoles la posibilidad de adquirir un salario y condenándoles, por tanto, a un estado de tristeza y de desesperación. Por eso, señor director, las observaciones que el delegado obrero español se permite hacer al contenido de la Memoria no rozan ni de cerca ni de lejos la obra positiva que reconozco haber sido realizada por la Oficina en orden a la preparación de convenios; lo único que se permite decir es sugerir a la Conferencia la idea, para ser examinada en posteriores reuniones, consistente en que por parte de la Oficina se movilicen los medios más positivos a su alcance para impedir que un Gobierno determinado, al cambiar las directrices de su política interior, y, por tanto, desestimar apreciaciones ideológicas de un sentido liberal y democrático, pueda firmar los convenios para seguir dando la sensación ante la Conferencia de que sigue el ritmo ascendente de la misma, pero realizando en su país una política negativa dejando incumplido, como se afirma en el apartado 13 del Trata-

do de Versalles, el principio de la libertad de asociación sindical, y colocando cada día más obstáculos al normal desarrollo que la clase trabajadora reclama con el derecho innegable que le conceden sus aportaciones diarias al acervo común de la civilización. Ya sé que el reglamento da medios para poder conocer cómo se cumplen en los diversos países los convenios ratificados. Pero no es el contenido de la letra muerta lo que yo busco con fervoroso afán en esta intervención. Es, sencillamente, reanimar la llamada idel que impulse a todos los pueblos a rendir a la verdad y a la justicia el testimonio que se merecen. Si esta política cuyas ideas preliminares quedan iniciadas con los trazos inseguros de mis palabras no se efectúa, tenemos el firme convencimiento, señor director, de que la clase trabajadora del mundo irá perdiendo paulatinamente su confianza en la obra que la Oficina puede y está en condiciones de realizar. Los miles de trabajadores que sufren las consecuencias del actual desconcierto económico no pueden esperar a que se articulen convenios internacionales que les liberen en parte de esclavitud, porque seguirán temiendo, con sobrado fundamento, que si no se posee una fuerza sindical positiva que haga respetar y valer sus derechos los convenios no tendrán más alcance que banderas desplegadas al viento en un sentido falso de democracia y de liberación, tras de los cuales no hay nada que defienda y ampare a los trabajadores. Europa, y con ella la Humanidad entera, viven en estos instantes dramáticos para la historia del mundo horas de intensa amargura. ¿Por qué? Porque la crisis de trabajo va apartando del taller y del laboratorio la inteligencia y los brazos de los hombres, porque no se quiere sostener en alto las necesidades económicas de los millones de obreros parados que están vegetando tristemente en su miseria.

Al nacer la Sociedad de Naciones, al poner un punto final a las horas difíciles de la lucha en los campos de batalla, los hombres representativos de los países beligerantes firmaron el Tratado de Versalles. Desde aquel instante existe en pie una vigilancia más o menos efectiva que impide, por lo menos, que los pueblos se destruyan entre sí. ¡Nadie se atreve a ser el primero en el ataque! De aquel tratado nació la Oficina Internacional del Trabajo. Se quiso con ello — en aquellos momentos de terror que la antorcha rusa produjo — rendir el tributo de justicia que el pueblo merece, ya que las clases más humildes de todos los pueblos fueron las que soportaron sobre sí las consecuencias de la guerra. Con ello se dió la sensación aparente de que reconocía al trabajo el alto valor universal que atesora y se trataba de redimir a los hombres como trabajadores y ciudadanos. Pues bien, señores, la delegación española os dice que esa misma vigilancia que las naciones tienen sobre sí limitando los medios de agresión armada, impidiendo que el más fuerte pueda aplastar libremente a los pueblos pequeños, debe tenerla, en grado mucho mayor, la Oficina Internacional del Trabajo, en orden y relación con los que en el taller producen y en el laboratorio trabajan. Que la Oficina, como centinela en la vanguardia del movimiento reivindicador de los derechos humanos, labore, sí, proyectos de convenio, articule, como es su deber, normas jurídicas que salven a la mujer, al anciano, al niño y al obrero de toda agresión del más fuerte; pero que en las Conferencias futuras figuren en su orden del día la adopción de medios coercitivos, a virtud de los cuales pueda la Conferencia obligar a los pueblos que la integran a ratificar los convenios sujetando las normas de trabajo al máximo respeto, y si alguien, rompiendo los moldes de la civilidad que debe ser la característica de toda obra futura, tratase de imponer su fuerza, de burlar las leyes, de someter a los hombres a jornadas y a jornales de miseria, para lanzar después sobre el mundo el producto de un trabajo forjado por el dolor y la vida de los humildes, destruyendo como consecuencia la economía de los pueblos, entonces, repito, señoras y señores, que la Oficina Internacional, cuanto ella vale y cuanto ella significa, tenga plenos poderes para imponerle al Gobierno que se rebelara la máxima corrección, volcando su fuerza y su poderío a favor de los obreros y, por tanto, a favor de la obra social que la Oficina está en el deber de realizar.

Otro punto interesante de la Memoria presentada por el señor director es el que se relaciona con el paro obrero.

Nosotros nos encontramos hoy ante el hecho brutal de un paro acentuado que amenaza con destruir toda la economía mundial. De las consecuencias de este paro y de las causas que lo provocan nada se le puede imputar a la clase trabajadora, que señaló ya, ante el avance del maquinismo,

las repercusiones que del mismo habían de derivarse. El paro tecnológico adquiere cada día que pasa mayor intensidad. Nosotros no podemos, como hombres de ideas progresivas, impedir el perfeccionamiento de la máquina como medio de redimir al hombre de su esfuerzo. Pero lo que sí debemos solicitar, y solicitamos cada día con mayor fervor, es que la máquina, cuanto ésta representa de riqueza y de valor económico, se restituya a la colectividad para que ésta inicie la distribución de sus productos con un criterio más humano que el actual.

El ensayo de "economía dirigida" hecho, en parte, en uno de los países de más recia potencia industrial demuestra con realidades innegables la necesidad que existe de mermar en ritmo ascendente y prolongado las horas de producción del obrero y de aumentar su potencia adquisitiva.

Nosotros consideramos que la Conferencia debe impulsar la rápida aprobación del convenio por el cual se fija la jornada de trabajo en cuarenta horas semanales como máximo; horas de trabajo que habrán de disminuirse más y más según la máquina vaya avanzando. Se dirá contra esta aspiración de los trabajadores todo cuanto se quiera por quienes intentan retrotraer nuestras actividades a un mundo distinto del actual. Pero nosotros declaramos que si no se establece el exacto cumplimiento de los convenios internacionales, se respeta el libre derecho de asociación y se establece la jornada de cuarenta horas, la situación del mundo, en vez de mejorar, sufrirá un retroceso lamentabilísimo. Cuando no se encuentran facilidades por parte del régimen capitalista para salvar sus intereses de clase se recurrirá, como ya sucede ahora, a cercenar las escasas posibilidades de vida del obrero y a elevar más y más las barreras arancelarias que destruirán de por sí el sentido universalista de la Oficina Internacional del Trabajo.

La resolución del problema del paro, en su aspecto más dramático, no podrá iniciarse siquiera si no es tomando como punto de partida la realización de una Conferencia internacional económica que, cual la fracasada del año anterior en Londres, agrupe todas las sugerencias de cada nación y establezca una política de revisión arancelaria universal que borre aquellas fronteras proteccionistas, de las cuales no existe más que el interés particular de una minoría sobre el general de toda una nación. La estabilidad de los cambios, unida a una labor fecunda de realización y desarrollo de obras públicas de interés inmediato, puede servir de punto de partida a una empresa tan compleja y tan llena de dificultades.

Pero por encima de todo, lo que de nuevo precisamos es la garantía de que de veras se quiere resolver el dolor colectivo que sufren millones de hombres sin trabajo.

No hay dinero para ayudarles económicamente; pero los Gobiernos lo tienen para seguir creando coercitivos que significan una amenaza viva contra la paz y una seguridad muy próxima de que los hombres nuevamente han de destrozarse entre sí para satisfacer las aspiraciones imperialistas de otros hombres.

¿Cuál debe ser ante esta realidad la posición a adoptar por parte de los trabajadores?

La delegación obrera española os dice que no existe más que una posición: defender los principios de solidaridad universal; caminar hacia adelante, sean cuales fueren los obstáculos tradicionales que surjan en el camino. Si se le permite a la clase trabajadora resolver su derecho a la vida al amparo de las leyes y de la democracia, caminará al ritmo que las mismas le señalen. Pero si, por el contrario, se le cierra todo camino legal, entonces no le queda más solución que, o desaparecer como clase, o seguir en acción constante, porque no existe ninguna ley, ni divina ni humana, que pueda permitir ni amparar el que cerca de cuarenta millones de seres humanos perezcan de hambre, mientras se paralizan las máquinas, se queman las cosechas, se amontonan los productos manufacturados por carecer de potencia adquisitiva aquellos hombres que no cometieron más delito que el de haber aprendido una profesión liberal o manual, que representa para todos y cada uno de los mismos lo más preciado de su personalidad.

Si la Oficina consigue — nosotros creemos firmemente que puede hacerlo — impulsar la vida del mundo por un derrotero de justicia, habrá salvado de la muerte lenta, más triste todavía que la que sufren los hombres en los campos de batalla, a los millones de seres humanos que constituyen con su trabajo y con su inteligencia el basamento de la civilización moderna.»